

TELEGRAMA

FORMA C. G. 6 (A)

México, D. F., febrero 19 de 1935.

Sra. María T. Vda. de Obregón.
Ciudad Obregón, Son.

Todos la recordamos en este día con el cariño de siempre.

Fernando Torreblanca.

Pase 7.

cam



DIRECCION GENERAL DE CORREOS Y TELEGRAFOS
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
TELEGRAMA



DJ-106 NUM 3 27/4.10 FRANCO R

Depositado _____

CIUDAD OBREGON SON 23 FEBRERT D 12.45

Recibido _____

FERNANDO TORREBLANCA

QUINTA DE GUADALAJARA 104. CIENTO CUATRO MEXICO D F

MUCHO AGRADEZCO SU MENSAJE CON MOTIVO DEL DIA DE MI INOLVIDABLE
ALVARO Y QUE NOS ACOMPAÑEN EN ESTE DIA DE RECUERDOS TAN
TRISTES PARA NOSOTROS. SALUDAMOSLOS CARINOSAMENTE.-

MA T VDA DE OBREGON.

PASE UNO..

Todo telegrama debe llevar el sello de la Oficina.

Lea Ud. el reverso: le interesa conocer los diferentes servicios que le ofrece el Telégrafo.



SECRETARIO PARTICULAR DEL JEFE
DEL DEPARTAMENTO DEL
DISTRITO FEDERAL
MEXICO

CORREOGRAMA

México, D.F., a 7 de junio de 1935.

Sr. Fernando Torreblanca,
Parque España y Guadalajara,
C i u d a d .

Por instrucciones del señor licenciado Sáenz,
suplico a usted sea servido de concurrir a la cena -
que se efectuará en la casa del señor J. Rubén Romero
el próximo martes 11, a las 21 horas.

Atentamente,

EL SECRETARIO PARTICULAR,

Se transfirió la invitación para comer el miércoles 12.

acc/arm.

V. Poly Carrasco



CORREOGRAMA

México, D. F., a 10 de junio de 1935.

SECRETARIO PARTICULAR DEL JEFE
DEL DEPARTAMENTO DEL
DISTRITO FEDERAL
MEXICO

Sr. Fernando Torreblanca,
Parque España y Guadalajara,
C i u d a d .

El Sr. Lic. Sáenz ruega a usted por mi conducto -
se sirva tomar nota de que en lugar de reunirse mañana en
la noche para tratar asunto Monumento señor Gral., Obre -
gón, tiene el gusto de invitarlo a comer en la casa del -
señor Rubén Romero el próximo miércoles 12 a las 14 hrs.

Atentamente.

P. EL SECRETARIO PARTICULAR.

accervantes



DIRECCION GENERAL DE CORREOS Y TELEGRAFOS

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

TELEGRAMA

3671 México DF 2 julio 1935. Ciudad. cop Rd. 20 Depositado. 18.30

Fernando Torreblanca.
Parque España y Guadalajara.
Ciudad.-

Recibido

JUL 24 1935

Por instrucciones señor Lic Sáenz permitome recordar usted mañana miércoles veintiuna horas reuniranse a cenar casa señor - Rubén Romero. Atentamente.

Abel C. Cervantes.

Todo telegrama debe llevar el sello de la Oficina

Lea Ud. el reverso; le interesa conocer los diferentes servicios que le ofrece el Telegrafo.



DIRECCION GENERAL DE CORREOS Y TELEGRAFOS

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

TELEGRAMA



Depositado _____

Recibido _____

146 5 Mexico, C.F. 16 el 17 julio 1935 Huatabampo, Son. 15w 2.10 carta nocturna pd d. 19.30.

Fernando Torreblanca.
Huatabampo, Son.

Favor presentar mis respetuosos homenajes Sra. de Obregon en esta triste y glorioso aniversario. Afectuosamente.
Raul Ville.

Jf. jl. 9.30.

Todo telegrama debe llevar el sello de la Oficina.

Lea Ud. el reverso; le interesa conocer los diferentes servicios que le ofrece el Telégrafo.

7

A A R O N S A E N Z

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE
INAUGURACION DEL MONUMENTO
ERIGIDO A LA MEMORIA DEL
SEÑOR GENERAL

ALVARO OBREGON

17 DE JULIO DE 1935

5.10 8
1935.

EDITORIAL "CVLTVRA"
MEXICO, 1935.

A A R O N S A E N Z

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE
INAUGURACION DEL MONUMENTO
ERIGIDO A LA MEMORIA DEL
SEÑOR GENERAL

ALVARO OBREGON

17 DE JULIO DE 1935

EDITORIAL "CVLTVRA"
MEXICO, 1935.



SEÑORES:



ODO impulso por la superación social ha tenido necesariamente sus víctimas. Nuestra Revolución es el producto de hondas aspiraciones de mejoramiento colectivo que primero pugnaron por remover a los hombres de un régimen político acaparador de poder, tan sólo para el beneficio de una casta de privilegiados, y después, al afirmarse poco a poco, con caracteres más definidos, persiguieron la evolución social de todas las clases.

En la cúspide de la dictadura porfirista un reducido grupo de hombres, envejecido en el mando, sólo se preocupó por satisfacer sus propios apetitos y por defender sus intereses ególatras, sordo siempre a los gritos angustiosos del pueblo. Las masas campesinas yacían sumidas en extrema miseria, carentes del pan del espíritu y del pan material. Sin embargo, aquel Gobierno no quiso enfrentarse con la realidad despiadada de un pueblo ayuno de cultura, hambriento de libertades y sediento de justicia.

El grito de Madero, llamando a los hombres al sufragio libre, fué el primer estallido del pueblo que, para preparar una nueva vida, pugnaba por la renovación de los poderes públicos, buscando elementos más comprensivos, más dúctiles y, sobre todo, más humanos.

Tuvo Madero las características de un apóstol; se insinuó intensamente en el corazón mexicano y logró despertarlo para una lucha electoral que, de pronto, constituía su única aspiración.

La dictadura, aletargada en su poderío, no se dió cuenta de esta realidad y calificó de ilusoria la transformación que se gestaba. Se distraía en preparar fastuosamente la celebración del centenario de 1810, con cuya prestancia prometíase deslumbrar al extranjero y adormecer a la Nación, presentándoles la magnificencia material de un régimen ya divorciado hondamente del pueblo, que gemía en la miseria.

Este contraste sugirió a Madero la idea de que el simple cambio de los hombres en el Gobierno, no era suficiente para satisfacer al pueblo, que aspiraba a una completa evolución social, y lo hizo expedir el histórico Plan de San Luis Potosí, documento en que apunta ya el agrarismo como un problema de inmediato estudio.

Madero, con el grupo de esforzados patriotas que de años atrás había iniciado sus actividades políticas en contra del porfirismo, no sólo recogió la simiente de los precursores de nuestras luchas libertarias, sino que, al contacto de las masas del país, bebió el ansia de un pueblo irredento que se asfixiaba en la miseria material y moral; que sentía cada vez más cruelmente su condición de paria, sometido por un régimen ya intolerable.

La lucha política de ideas cedía el paso a la Revolución armada.

El apóstol realizó el primer objetivo del plan, obteniendo la renovación del Gobierno, y aunque sus dotes intuitivas le señalaron el verdadero problema del país, no tuvo tiempo de abordarlo. La inusitada rapidez del triunfo lo hizo confiado, y lo indujo al error de transar con el régimen

L A G L O R I F I C A C I O N

cuyo fundamento lo separaba totalmente del pueblo, empujándolo por el viacrucis doloroso que hubo de sufrir.

Los bastardos intereses del grupo detentador del poder público, profundamente arraigados en el país; el clericalismo consciente de que el mejoramiento espiritual y material del pueblo amenazaba su preeminencia económica y social; el pretorianismo en el ejército, desvinculado ya del alma popular, que presentía el fin de su preponderante dominio, fueron los elementos que se confabularon en artero consorcio, primero política y después militarmente, para destruir el Gobierno democrático que enarbolara la bandera de las reivindicaciones sociales.

Sobre el apóstol Madero, el ungido del pueblo mexicano, se ensañó el oprobioso pretorianismo, pretendiendo instaurar el más nefasto régimen político que registra la historia de nuestra Patria.

Empero, Victoriano Huerta, con su infidencia, abrió esplendoroso cauce a la liberación revolucionaria. El y sus esbirros se convirtieron en la simiente más fecunda que pudo tener un ideal tan alto, y el anhelo popular, mediante su acción justiciera y vengadora, pudo obtener el éxito más rotundo a que nación alguna hubiera aspirado jamás.

Como encarnado en un sólo hombre, manifestóse el impulso del pueblo. Sonora y Coahuila fueron el núcleo de esta epopeya; allí, irguiéndose contra la traición, grupos de patriotas levantaron el estandarte de la dignidad nacional.

Era éste el momento histórico en que el pueblo había de obrar decididamente, y de sus ímpetus primeros surgió la austera personalidad de Carranza, en Coahuila, y la de Alvaro Obregón, en Sonora; figuras centrales de la apoteosis revolucionaria.

Muchos paladines secundaron la titánica lucha, y no pocos encontraron la muerte en su patriótico empeño.

Toca a nosotros, sus hermanos en el ideal, engrandecer su memoria y laborar por su glorificación, prescindiendo en estos momentos de todo prejuicio personalista o de bandería; que ya nuestros enemigos comunes, las fuerzas que tradicionalmente se oponen a todo movimiento de avance humanitario, los que sienten la derrota dentro de su propia amargura y se saben vencidos por su conciencia, se encargarán del ataque, e intentarán empequeñecer las acciones de los paladines del pueblo, disputando a éste, palmo a palmo, el bienestar ya conquistado: la escuela revolucionaria, la organización sindical y la posesión de la tierra, tan empapada aún de sangre de nuestros libertadores, para que no sea fructífera. Inútilmente nuestros enemigos volcarán toda su inquina y todo su despecho sobre nuestros hombres símbolos. Estos, los representativos encauzadores de nuestra liberación social, surgirán triunfantes, a pesar de esa inquina y de ese despecho.

A nosotros los revolucionarios corresponde, en cambio, hacer serenamente el balance de los valores morales de la Revolución y de sus hombres. No ignoro que todavía se agitan mezquindades de facción que enturbian nuestro pensamiento y hacen que la justicia no predomine; pero tiempo es ya de que pidamos a la conciencia de nuestras vidas, juicios leales y justicieros.

El análisis de la Revolución nos lleva a concluir que, sobre los hombres y contra los intereses personales, están los principios. De las etapas de la lucha social ya van surgiendo con un sentido más claro de la realidad y con un programa más certero de las aspiraciones populares, hombres, preceptos y objetivos.

L A G L O R I F I C A C I O N

Madero representa la génesis romántica y apostólica de nuestra evolución política. El tuvo la visión de un México renovado en sus factores de Gobierno íntimamente ligados con el pueblo.

Carranza representa la austera dignidad de la Revolución. Hombre de singulares características y de alto relieve ético, unificó en formidable acción a todos los elementos que en México fueron capaces de atacar y de vencer el pretorianismo de Victoriano Huerta.

Carranza sintió la necesidad de una dignificación ante tamaño crimen; y proclamó, como punto básico, la restauración constitucional.

Hombre conocedor de la historia de México, supo arrancar de ella ejemplos y emulaciones que le enseñaron el camino del triunfo, y así pudo sortear, con éxito, muy difíciles escollos en el exterior y muy arduos problemas en el interior del país.

Cuando triunfó militarmente la Revolución, contó Carranza con soldados aguerridos y con patriotas entusiastas, pero la reacción y la envidia manejaron, como a simples autómatas, a un grupo de nuestros luchadores y la contienda fratricida ensangrentó cruelmente al país, determinando, por fin, el triunfo de la lealtad y de la justicia sobre la ambición y el desenfreno representados por las huestes de Villa.

Fué en esta nueva etapa de la vida revolucionaria en la que más intensamente se conmovió el país y cuando, al sacrificio material y humano, sucedió un anhelo mayor de superación y de justicia.

La guerra había planteado la necesidad de presentar al pueblo, al demandar su generoso contingente de sangre, un programa que fuera directamente a la solución de pro-

blemas sociales, ya para entonces claramente definidos en la conciencia nacional; y así fué como, en medio del fragor del combate, una falange de la juventud mexicana enarboló estandartes nuevos con programas tangibles que sirvieron de guiones a aquellos millares de combatientes patriotas que iban sucumbiendo estoicamente, con el corazón rebosante de energía, satisfechos de poder ofrendar sus vidas en aras de la liberación nacional.

La Revolución, ya en plena marcha ascendente, reclamaba vidas y esfuerzos; y es muy negra actitud la de quienes volvieron las armas contra sus hermanos, armas unguidas por ideales tan nobles y consagradas por la fama que les dió la lucha contra la usurpación huertista.

En esta hora angustiosa es cuando aparece más alta la figura de Alvaro Obregón, el guerrero.

Como militar, Obregón resume toda la gloria de un héroe invicto, porque en los campos de batalla supo guiar a sus hombres con una confianza tan grande y con una seguridad tan absoluta, que jamás sintieron la amenaza de la derrota, y aún en aquellas jornadas en que la adversidad parecía que los acechaba, él luchó con una fe inextinguible, siempre precursora del triunfo.

Militar por intuición, supo planear sus jornadas inolvidables con un raro acierto y con un profundo conocimiento psicológico del medio y de sus adversarios. Se sintió fortalecido porque sabía que un pueblo sediento de justicia y anhelante de mejoramiento, nunca es abatido. Por eso sus soldados —genuina extracción de la masa popular— jamás por nada ni por nadie fueron vencidos.

Interrogado alguna vez sobre la táctica que desarrollaba en sus combates, respondió: —Mi táctica es no tener

L A G L O R I F I C A C I O N

ninguna—. Estudiaba solamente a su adversario, y ajustaba el proceso de las batallas a la iniciativa del enemigo.

Lo que más cuidaba, era el contacto con sus tropas; jefes y soldados. Departía cariñosamente con ellos y en todo momento se presentaba en los sitios de combate más avanzados. Una palabra oportuna y su insinuante simpatía lo acercaban constantemente al corazón de sus hombres.

Podrán ser discutidos los triunfos militares de Obregón; pero su carrera de armas es la más elocuente demostración de su talento. El venció a todos los valores militares de nuestra época; él triunfó siempre y la adversidad jamás lo quebrantó.

Tenía la previsión de un genio; la paciencia de un convencido; el valor de un héroe y la alegría de un joven corazón generoso y sano.

Este monumento ostenta, en su parte interior, un elogio que sintetiza la personalidad del Caudillo al referirse a su GENIO MILITAR QUE LO ELEVO HASTA LAS CIMAS INSUPERABLES QUE, EN LA AMERICA NUESTRA, SOLO ALCANZARON MORELOS Y BOLIVAR.

Pero si grande es su figura en la guerra, no lo es menos en la paz. Tuvo la visión certera de la revolución social, y como profundo conocedor del alma del pueblo, plenamente identificado con sus anhelos, creyó que la lucha militar que diera el predominio de unos hombres sobre otros, no justificaría el sacrificio de vidas e intereses del país, si al triunfo de las armas no siguiera un programa social que elevara al pueblo en su cultura y en su bienestar económico.

El afirmó que la lucha armada era sólo un imperativo del momento, y que había que poner el interés económico de las mayorías, sobre el de una minoría enriquecida y predominante hasta entonces. Siempre sostuvo que un pro-

grama de orden social es el complemento indispensable que ha de integrar el triunfo de una revolución. Como hombre nacido del campo, supo que el mayor anhelo de su pueblo era la posesión de la tierra y por eso, desde 1915, planteó la verdadera lucha social-agraria, e inspiró la Ley de 6 de enero de dicho año, más tarde elevada a la categoría de precepto constitucional, que tiene como fin supremo: reivindicar y distribuir la tierra entre los campesinos, desposeídos hasta entonces de ella, y proclamar el derecho de los pueblos a la participación por igual de todos los bienes.

Juntamente con esta trascendental reforma agraria, comenzó a organizarse el obrero de la ciudad, y fué llamado también este generoso sector de nuestros hombres a participar en la lucha armada, para consolidar el derecho de asociación y de sindicalización. Así surgieron los Batallones Rojos que valientemente compartieron la lucha y el triunfo, identificándose con causa tan noble.

En esta nueva etapa de la historia revolucionaria, fué el Caudillo un decidido protector del movimiento obrero, impulsando la organización de nuestra clase proletaria del taller, que más tarde, ya en plena lucha de reivindicación social, habría de dar vida a organizaciones más numerosas en el campo sindicalista de México, y es allí en donde nacen las conquistas del obrero de nuestro país.

En esta última fase revolucionaria surge el reformador social, que con decidido empeño sirve de egida al proletariado, e inicia una era de franco progreso en el terreno de la consolidación de los derechos del obrero y del campesino.

En el Congreso Constituyente de Querétaro, hace que se consagren en nuestra Carta Magna los preceptos contenidos en los artículos veintisiete, ciento veintitrés y ciento treinta, que por sí solos justifican el movimiento revolucio-

L A G L O R I F I C A C I O N

nario, y fué allí también en donde una falange juvenil, con Obregón a la cabeza, dejara sentir su influencia y su convicción, haciendo cristalizar en esos artículos constitucionales, la base de una reforma social que a partir del año de 1920, han venido desarrollando, con singular firmeza y constancia, los regímenes revolucionarios que han asumido el Gobierno de México y la responsabilidad histórica de este movimiento.

Su gestión administrativa fué realizada con seguridad completa, y su Gobierno se caracterizó por el más firme impulso a la educación extensiva del pueblo indígena; porque no hay que olvidar que la Revolución tiene ante sí dos aspectos predominantes dentro de su enorme problema: el cultural y el económico; la escuela, que habrá de llevar al pueblo la plena conciencia de sus derechos y de sus deberes y la distribución de nuestra riqueza que lleve a cada hombre un bienestar más equitativo y más justo. Estas reformas sociales tienen necesariamente que enfrentarse a los privilegios y a las castas. Por eso es tan meritorio llevarlas a cabo.

Obregón, Presidente, con sin igual valentía, realizó la reforma agraria, y sentó las bases de una nueva justicia en la distribución de la tierra. Contra él se levantaron todos los intereses y todos los privilegios, organizando sindicatos blancos, incitando a la intervención extranjera, levantando un clamor hostil de prensa dentro del país y en el exterior. Se confabularon los tradicionales elementos que en la vida política del país, traicionan a la Patria; pero, por fin, vencidos, hoy ceden el puesto a la justicia social que encauzará una nueva vida.

Cuando este hombre representativo de la Patria y de la Revolución lograba los más altos relieves de su personali-

dad; cuando la obra fecunda de su vida era prometedora y llena de esperanzas; cuando contaba con el amor de las masas proletarias del país; cuando, en fin, Obregón simbolizaba una fecunda realidad gloriosa, hubo una mano artera que segó su vida, y que debemos siempre execrar y maldecir. Obregón lo sabía. Sabía que esa mano traidora habría de acabar con él, pero por la espalda. Predijo que la reacción sólo así podría herirlo, y que el pueblo cobraría este crimen, conquistando mayores libertades. En momentos solemnes, cuando su vida estuvo en peligro, al rubricar su gloria el fuego de una metralla, dando un alto ejemplo de patriotismo y como un legado inestimable, declaró en Trinidad a los Jefes militares que lo rodeaban: "muero cumpliendo con mi deber y bendiciendo a la Revolución".

La leyenda esculpida en este monumento sintetiza toda su obra: ESTADISTA DE LA REVOLUCION, RESTITUYO LA TIERRA A LOS CAMPESINOS, CONSAGRO LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO, DIGNIFICO A LOS TRABAJADORES, Y CON LA ESCUELA ILUMINO EL ALMA DE LAS MULTITUDES.

¡Alvaro Obregón, en el lugar de tu sacrificio, la Patria consagra a tu memoria este recuerdo hecho piedra. En él están también las figuras que representan a aquellos que en la lucha te acompañaron: el campesino, el obrero, el soldado. Ellos rodean, amantes, y agradecidos, tu figura de Caudillo, de Revolucionario, de Reformador; y como, igual que tú, hicieron el sacrificio de sus vidas en aras de idéntico ideal, comparten hoy la Apoteosis de tu gloria!

México, D. F. 17 de julio de 1935.

